



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 22 No. 1

Marzo de 2019

LA CARACTEROLOGÍA DE ERICH FROMM COMO HERRAMIENTA PARA LA INVESTIGACIÓN PSICOLÓGICA EN LA UNIVERSIDAD

Mariana Reyna¹

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

RESUMEN

El artículo se centra en uno de los trabajos de campo que impulsó la primera generación de psicoanalistas frommianos en la década de 1950: el análisis psicológico del estudiante universitario. La aproximación a dicho estudio sirve para percibir el impacto que la teoría socio-psicológica de Erich Fromm tuvo sobre sus alumnos, quienes, estrechamente vinculados a las instituciones educativas y de asistencia del Estado mexicano, contribuyeron a revitalizar las discusiones en torno a la subjetividad y la cultura en el marco del proceso de industrialización por el que atravesaba el país. Nos interesa dar cuenta de los modos específicos en los que emplearon la caracterología psicoanalítica elaborada por este sociólogo alemán, como una nueva herramienta conceptual para continuar dando cauce, aun con los desplazamientos que implicaba, a una tradición de investigación sobre ciertos fenómenos de la vida social que se instaló en el ámbito psiquiátrico con el movimiento de la higiene mental desde la década de 1930.

Palabras clave: Psicoanálisis, Erich Fromm, México, caracterología psicoanalítica, higiene mental.

ERICH FROMM'S CHARACTEROLOGY AS A TOOL FOR PSYCHOLOGICAL RESEARCH IN A MEXICAN UNIVERSITY

¹ Maestra en Historia por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; Correo Electrónico: marianareyna@gmail.com

ABSTRACT

The article focuses on a field research that drove the first generation of Frommian psychoanalysts in the 1950s: the psychological analysis of the university student. The approach to this study serves to perceive the impact that the socio-psychological theory of Erich Fromm had on his students, who were closely linked to the educational and assistance institutions of the Mexican State, and therefore contributed to revitalize the discussions around the subjectivity and culture within the framework of the industrialization process that the country was going through. We are interested in giving an account of the specific ways in which they used the psychoanalytical characterology elaborated by this German sociologist, linked to the Frankfurt School, as a new conceptual tool in order to lend continuity, even with the displacements that it implied, to a research tradition about certain phenomena of social life that was installed in the psychiatric field with the movement of mental hygiene since the 1930s.

Key words: Psychoanalysis, Erich Fromm, Mexico, psychoanalytical characterology, mental hygiene.

En México, el pensamiento freudiano se fue introduciendo en los intersticios de la práctica neuropsiquiátrica a partir de la década de 1920. A diferencia de lo ocurrido en otros países de América Latina, donde se dieron apropiaciones tempranas en ámbitos culturales y literarios, en nuestro país fueron los médicos quienes ocuparon un lugar central en la recepción de las teorías que introdujera Sigmund Freud en el panorama científico internacional (Capetillo, 2012).

Con la inauguración del Manicomio de La Castañeda, entre los eventos conmemorativos de la Independencia, el Estado asumió la función de salvaguardar la salud mental de la nación a través de sus delegados. El naciente gremio de alienistas pugnaba constantemente por lograr el reconocimiento jurídico de su actividad, al tiempo en que encaraba una importante tensión entre sus filas por carecer de un criterio de acción consensuado y eficaz para el tratamiento de las enfermedades mentales (Sacristán, 2002). Durante la primera mitad del siglo XX, La Castañeda fue la cuna de la disciplina en el país y el principal terreno de acción de la primera generación de psiquiatras que, además de dedicarse a la clínica y a la enseñanza, “lideraron un proyecto estatal de atención psiquiátrica” (Ríos, 2016; pág. 26). La psiquiatría se profesionalizó hacia 1920, mediante la asociación entre medicina, neurología y psicología. Se incorporó la antropología

criminal, que puntualizaba el lazo entre locura y criminalidad, así como lo referente al tema de la responsabilidad penal, cuestiones adyacentes al bagaje conceptual decimonónico que había dominado la aproximación a las patologías mentales y que se articulaba a los intereses de control del Estado (Urías, 2004).

Tal como ha demostrado Andrés Ríos (2016), la singularidad del caso mexicano radica en que, desde la década de 1930, el proceso de profesionalización de la psiquiatría se compaginó con el auge de la higiene mental, que fue un movimiento internacional que redefinió el rol que debía desempeñar el psiquiatra. A grandes rasgos, el movimiento alentaba a “organizar la asistencia post-manicomial del enfermo mental, después educar al pueblo sobre lo que es la enfermedad y el enfermo mental y finalmente atacar el problema legislativo para modificar y orientar científicamente su asistencia” (Huertas-Alejo, 2002; pág. 193). De ese modo se extendían las funciones de los psiquiatras en la esfera colectiva: en adelante, les correspondería anteponer la consulta externa a la opción del encierro en el hospital psiquiátrico y monitorear los espacios públicos con la finalidad de determinar cuáles eran las condiciones óptimas para su organización. Se colocó en primer plano el objetivo profiláctico de evitar, a toda costa, la aparición de la locura y de todo tipo de conductas desviadas que amenazaran el orden social.

Los psiquiatras mexicanos que comenzaron a leer la obra de Freud operaron como mediadores que, por lo general, tradujeron y modificaron el significado de los conceptos psicoanalíticos a fin de ajustarlos al programa de la higiene mental. En ese tenor, el saber freudiano aparece ligado a una voluntad de renovación terapéutica en el ámbito manicomial y provoca diversas reacciones frente al acento en la sexualidad que le caracterizaba, de forma similar a lo que había acontecido en Suiza, Viena y Francia (Laurent-Assoun, 2003).² En las primeras décadas del siglo XX, las alusiones a la obra de Freud ponen de relieve la adscripción de los psiquiatras mexicanos a la tradición de la psiquiatría dinámica

² Las rupturas de Carl G. Jung y de Alfred Adler con Freud coincidieron con los embates que lideró contra sus teorías el neurólogo francés Pierre Janet, a partir de la acusación de “pansexualismo”, esto es: la identificación de los postulados psicoanalíticos con una “visión del mundo” que se apoyaba en la sexualidad para construir una explicación totalizadora de la vida humana. Alfred Adler fundó la psicología individual y Jung continuó explorando la noción de “inconsciente colectivo” a través de su proyecto de psicología analítica.

francesa. Los textos freudianos se leyeron desde una óptica médica que, con cierto influjo de la corriente eugenésica, consideraba pertinente emprender campañas de educación sexual y que, en el ámbito judicial deseaba comprender los móviles ocultos de la criminalidad.

Tres de los psiquiatras que, en 1949, se dieron a la tarea de incorporar a Erich Fromm a las estructuras académicas del país fueron actores clave en el movimiento de la higiene mental y partidarios de la aplicación de las ideas freudianas a la comprensión de ciertos fenómenos de la vida psíquica individual y colectiva. Entre 1949 y 1956, el afamado sociólogo y psicoanalista alemán condujo la enseñanza del grupo que se convertiría en la primera generación de psicoanalistas formados en México. Sus alumnos, estrechamente vinculados a las instancias educativas y de asistencia del Estado, abrieron importantes vías para la institucionalización del psicoanálisis en México.³ Entre las actividades que concretaron en la etapa inicial de dicho proceso destaca el análisis psicológico de un grupo de estudiantes de medicina, inscritos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que arrancó en 1956 (Hinojosa y Cosío, 1967).

Al momento de concluir su período formativo, los discípulos de Fromm se abocaron a la aplicación de la caracterología psicoanalítica y del método de investigación socio-psicológico —que su maestro había fraguado en el Instituto de Investigación Social de Fráncfort— para estudiar la realidad sociocultural del país. Si bien es cierto que trabajar bajo su tutela les permitía esgrimir una aproximación que introducía cambios en sus esquemas de intervención, también les posibilitaba continuar con las sendas de investigación trazadas con el movimiento de la higiene mental.

³ Es necesario aclarar que en el proceso de institucionalización del psicoanálisis en México también desempeñó un papel crucial un grupo de jóvenes psiquiatras que había salido a formarse en Argentina, Francia y Estados Unidos en la década de 1940. Cuando regresaron al país fracasaron los intentos de trabajar en conjunto con la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis (SMP), de cuño frommiano, que había quedado excluida la oficialidad representada por la International Psychoanalytic Association (IPA). Así, fundaron la Asociación Psicoanalítica Mexicana (APM) en 1957 y no dejaron de trazar líneas de fractura entre sus posiciones y aquellas que sostuvieron los alumnos de Erich Fromm.

LA HIGIENE MENTAL Y EL DISCURSO FREUDIANO

Las tareas que desempeñaron los psiquiatras mexicanos, entre 1934 y 1950, coincidieron con los propósitos que enarbolaba el movimiento de la higiene mental alrededor del mundo. En 1938 se fundó la Liga Mexicana de Higiene Mental. Desde esta asociación se coordinaron algunas labores de difusión, pero las verdaderas plataformas de acción que utilizaron sus miembros fueron los cargos que ocuparon en altas instancias estatales, como la Secretaría de Gobernación, la Secretaría de Salubridad y Asistencia y la Secretaría de Educación Pública. Más allá de velar por el mejoramiento de la calidad de vida de los locos, en México la higiene mental canalizó la participación de médicos, psiquiatras, psicólogos, enfermeras, abogados, padres de familia, pedagogos y trabajadores sociales en la definición de políticas públicas destinadas a prevenir la aparición de conductas que pusieran en riesgo el desarrollo saludable de la población (Ríos, 2016). Así, se otorgó una importancia crucial a erradicar las posibles causas de todos aquellos comportamientos que echaran por tierra el ideal de ciudadano que debía colaborar a la concreción de un proyecto de nación moderna.⁴

Los higienistas se atribuyeron la facultad de operar en representación del Estado mexicano posrevolucionario —que dio un peso capital a las campañas de salud pública— para dictar los modos adecuados de vivir y de actuar que, en teoría, reeditarían en la constitución de “un sujeto física y mentalmente sano, trabajador, instruido, respetuoso de la ley y del régimen” (Ríos, 2016; pág. 56). Generaron propuestas para controlar todo tipo de manifestaciones que pudieran resultar perniciosas. En 1938, Alfonso Millán, presidente de la Liga Mexicana de Higiene Mental, enlistaba las metas que ésta habría de perseguir: indagar en “el papel de la herencia y de las condiciones socioeconómicas en la génesis de las enfermedades mentales”, abordar lo referente a la orientación profesional, la higiene mental para trabajadores, estudiantes de escuela y universitarios, así

⁴ En 1932, en la Revista Examen, aparecieron los primeros escritos de Samuel Ramos sobre el perfil del mexicano que retomaban las ideas de Alfred Adler. En esas reflexiones quedaba en evidencia el carácter ideológico que impregnaba la mirada de la elite intelectual hacia las clases populares y que operó también como el trasfondo de corrientes que se instalaron en el panorama médico-científico, como la eugenesia y la higiene mental. El libro de Ramos serviría de punto de partida para una cascada de interpretaciones sobre el ser y el carácter del mexicano en las décadas siguientes.

como para la familia. Todo esto debía cumplirse de acuerdo con una estrategia interdisciplinaria, capaz de abarcar una extensa gama de registros. Para lograr los cometidos de la higiene mental, sus representantes estaban conscientes de que iban a requerir aunar el saber psiquiátrico con disciplinas como la fisiología, la pedagogía, la sociología, la antropología, las ciencias penales, la economía y la psicología (Ríos, 2016; págs. 57, 139). Se tornaba imperioso tomar en consideración los factores ambientales y sociales que podían incidir de manera negativa en la salud mental de las clases populares, tanto en la esfera laboral y pública como en la intimidad de sus hogares.

Alfonso Millán, Guillermo Dávila y Raúl González Enríquez figuraron entre los miembros originarios de la Liga. A partir de la década de 1930 se distinguieron como difusores del discurso freudiano a través de artículos y conferencias. Fueron profesores de una generación de jóvenes médicos que decidió salir al extranjero a buscar entrenamiento psicoanalítico. Años más tarde, fueron los principales anfitriones de Erich Fromm en México y lo invitaron a impartir el curso de especialización en psiquiatría, preliminar al establecimiento de un programa académico de corte psicoanalítico en la Escuela de Medicina de la UNAM.

En 1932, Raúl González Enríquez escribió un programa para la educación sexual en la Escuela Secundaria, como resultado de su experiencia como titular de la Cátedra de Higiene de la Adolescencia en la Escuela Nacional Preparatoria. Citaba a Freud entre los autores que habían escrito sobre la evolución de la sexualidad en el individuo (Capetillo; págs. 185-192, 206). Un año después viajó a la prisión de las Islas Marías, comisionado por el Departamento de Previsión Social de la Secretaría de Gobernación. Se le solicitó un diagnóstico que contribuyera a la discusión sobre las estrategias requeridas para que los reos se reinsertaran a la vida social después de cumplir con su condena. Visitó otras prisiones y publicó sus apreciaciones en un libro titulado: "El problema sexual del hombre en la penitenciaría". Con base en una indagación de los sueños y fantasías eróticas de los prisioneros recomendó crear reglamentos a fin de que su encierro fuera más llevadero.

González Enríquez siguió interesado en la cuestión de la criminalidad y, conforme se desarrollaba su carrera profesional, llegó a cuestionar las posturas que había sostenido con anterioridad para explicar tales fenómenos. En 1941 ya rechazaba la catalogación lombrosiana de los delincuentes y negó la existencia de un “tipo morfológico”. Se inclinó por una perspectiva que contemplaba los factores ambientales y se esforzaba por entender la posición del criminal en función del lugar que ocupaba en un grupo social, cuyas características podrían condicionar sus reacciones. Resulta significativo que su gusto por la antropología lo llevara a ocuparse de pensar la relación entre el ambiente cultural y la “personalidad”, en el sentido que a este concepto habían otorgado los integrantes de la escuela culturalista a la que perteneció Erich Fromm. Su incursión en el psicoanálisis —a través de los textos de Freud, Jung y Adler— le llevó a escribir sobre los sueños, el pensamiento mágico en las cosmogonías indígenas y la actitud religiosa (Ríos, 2016; págs. 140-141).

Siguiendo el consejo de uno de sus maestros —Manuel Guevara Oropeza—, también comenzó a buscar en el discurso freudiano “una terminología psicológica” que se acercara a desentrañar el problema biológico de la conciencia y un modo de problematizar la inclusión de los temas psicológicos en el terreno de la filosofía (Ríos, 2016; págs. 160, 173). En 1943 era director del pabellón de neurología del Hospital General cuando organizó un grupo de lectura de la obra de Freud con sus estudiantes.

Por su parte, Alfonso Millán, con amplia trayectoria en el campo de la medicina legal, estaba profundamente implicado en los debates en torno a la responsabilidad penal de los alienados que protagonizaron psiquiatras y juristas en la década de 1930. Integrantes de ambos gremios profesionales vieron en el psicoanálisis un instrumento para escudriñar la mente y los impulsos del criminal con la finalidad de prever futuros delitos (Velasco, 2014). En 1937, Millán volcó su atención sobre la higiene industrial y las enfermedades del trabajo. Como director del Manicomio de La Castañeda y militante en el movimiento de la higiene mental, dedicó esfuerzos importantes a la creación de un servicio de atención abierto y promovió diversas mejoras en las instalaciones. Ese año participó en la fundación

de la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría. No dejó de hacer hincapié en la necesidad de que el Estado aprobara una Ley general que instituyera criterios para que fuesen los psiquiatras quienes tuvieran la última palabra en la decisión de internar a los pacientes en el manicomio. Millán había hecho alusión a Freud y sus hipótesis sobre las fantasías infantiles en un artículo que versaba sobre el procedimiento del “narcoanálisis”, en el que se administraba un fármaco al paciente buscando que aflorasen sus procesos psicológicos en las conversaciones con el psiquiatra (Capetillo, 2012).

En 1936 se fundó el Instituto Nacional de Psicopedagogía. Abrió sus puertas con siete Servicios creados para resolver problemas técnicos referentes a la higiene escolar, pero sobre todo para construir las bases científicas de la educación socialista, una de las iniciativas estelares de la política cultural implantada por el régimen de Lázaro Cárdenas. Guillermo Dávila fue jefe del Servicio de Orientación Profesional; reflexionó sobre los usos del psicoanálisis en la esfera pedagógica y para entender el desarrollo de la personalidad del niño y de su sexualidad (Ríos, 2016; pág. 140).

En esa época, Raúl González Enríquez se involucró en la conjunción de labores entre el Departamento de Previsión Social y el Tribunal de Menores Infractores, que dio como resultado la creación de Clínicas de la Conducta y Centros de Higiene Mental. En colaboración con Mathilde Rodríguez Cabo y Edmundo Buentello, participó en el establecimiento de una Clínica en el Departamento de Previsión Social. Estudiarían casos de reos y de menores en “libertad vigilada”, aunque los servicios quedaban a disposición de todo público.

En términos generales, los psiquiatras higienistas se fueron distanciando de las apuestas circunscritas al paradigma degeneracionista y eugenésico, que apoyaban sus hipótesis en fundamentos biológicos y raciales. Con la higiene mental cristalizaba el traslado de los reflectores hacia lo social, como variable definitiva para dilucidar las causas de la “decandencia moral” de la sociedad. A los ojos de estos especialistas, la marcha hacia la urbanización provocaba “manifestaciones neuróticas” que anunciaban una crisis espiritual, política y social.

Estaban convencidos de que era posible atajar esa crisis mediante la aplicación de reformas efectivas en los campos educativos y sanitarios (Ríos, 2016; pág. 137). En los Centros de Higiene Mental se impulsaron investigaciones sociomédicas dirigidas a sindicatos, organizaciones campesinas y obreras. Además, las Clínicas de la Conducta se encauzaron a la atención de niños cuyos comportamientos revelaran una “falta de adaptación social”. En ese sentido se acuñó la categoría de “niño problema”, que incluía a aquellos sujetos considerados “normales” que presentaban una propensión a la locura, la vagancia, la rebeldía, la drogadicción o a la delincuencia. Después de una valoración clínica, psicométrica y psicológica, aunada al examen del entorno social, el equipo de profesionales sugería pautas pedagógicas que, por lo general, quedaban bajo la responsabilidad de los padres (Ríos, 2016; págs. 116, 177). Con este modelo, promovido oficialmente desde la Secretaría de Educación Pública, se pretendía que el maestro fuera capaz de detectar entre sus alumnos a los que ameritaban una intervención psicopedagógica y disciplinaria de parte de médicos y progenitores. A partir de 1947 se comenzó a brindar orientación vocacional para estudiantes de todos los grados y etapas escolares. Aun con los recortes que sufrieron durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho, continuaron funcionando hasta la década de 1960. En cuanto a su organización, las clínicas debían contar con tres secciones: administrativa, trabajo social y una médico-psicológica, cuestión que ampliaba el horizonte de los procedimientos psicométricos para determinar soluciones a problemas de rendimiento escolar, que se habían utilizado durante la década de 1920 (Ríos, 2016).⁵

En adición al interés sobre un ámbito tan complejo como la sexualidad, la fascinación por discernir los intrincados pormenores de la subjetividad y sus reverberaciones en el terreno social, la apropiación del psicoanálisis por parte de los psiquiatras mexicanos respondió al impacto de dos acontecimientos que incidieron de manera importante en el desarrollo de la medicina en el mundo occidental. El Comité Internacional para la Higiene Mental determinó en 1948,

⁵ En ese entonces, la prueba Binet-Simon fue uno de los instrumentos psicométricos predilectos pues servía para medir el desarrollo intelectual de los estudiantes y permitía separar a “los sospechosos de anormalidades” y conformar “grupos homogéneos” (Ver: Ríos, 2016).

durante el III Congreso celebrado en Londres, que sus acciones quedarían englobadas en un programa interdisciplinario denominado “Salud Mental”. La variación nominal acompañaba una de perspectiva: desde entonces adquirieron mayor significación los factores emocionales y las relaciones interpersonales, en la medida en que se entendió el síntoma como una reacción a situaciones de conflicto. En consecuencia, en 1950 la Liga Mexicana de Higiene Mental dio paso al surgimiento de la Liga Mexicana de Salud Mental, luego de que un grupo de psiquiatras asistentes al congreso consiguieran que se designara a México como sede para la cuarta edición (Ríos, 2016; págs. 192-193).

Por otro lado, la medicina psicosomática promocionada con ímpetu desde el Instituto Psicoanalítico de Chicago, retomó la tradición médica decimonónica que se atribuía la misión de criticar, desde una perspectiva moral, los excesos y los efectos inconvenientes de la vida civilizada. Se introducía un enfoque sintético que acentuaba la “unidad” del organismo para destacar las causas emocionales de algunos padecimientos. Esa unidad quedaba representada a nivel subjetivo con la noción de “personalidad”, que abría las puertas a la fusión del psicoanálisis con las investigaciones de la medicina psicosomática (Vezzetti, 1996).

Estas medidas tuvieron un efecto patente en México. En el marco de la industrialización que perfilaba el desarrollo económico del país, en la década de 1940 se renovó la infraestructura institucional orientada a atender las problemáticas de salud. Sobresale, por supuesto, la creación del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) en 1943, pero así mismo, durante la presidencia de Manuel Ávila Camacho se multiplicaron los departamentos de especialidades, dependientes de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Los psiquiatras tuvieron presencia en todos estos centros y se colocaron al frente del Departamento de Asistencia Psiquiátrica e Higiene Mental, establecido en 1947 (Calderón, 2002). Muchos de ellos habían obtenido su especialización en Estados Unidos; aprovecharon recursos institucionales y becas con el compromiso de regresar a México con los conocimientos necesarios para acreditar el proyecto de innovación auspiciado por el Estado (Velasco, 2014).

En 1949, un importante sector de la comunidad médico-psiquiátrica contemplaba la posibilidad de integrar la teoría psicoanalítica a su práctica. Guillermo Dávila destacaba la utilidad de emplear el psicoanálisis en la consulta privada, pero consideraba que difícilmente podría aplicarse con eficiencia en contextos masivos, como el manicomio (Ríos, 2016). En la Academia Nacional de Medicina, Raúl González Enríquez presentó “El enfermo como problema psicológico”. En el texto ponderaba los aspectos psíquicos de la enfermedad con sustento en ideas freudianas; cuestionaba el paradigma organicista por negar la influencia de la vida anímica en el terreno somático y la vinculación de las circunstancias sociales con la aparición de ciertos padecimientos.⁶ Su posicionamiento fue secundado por Raoul Fournier, quien era presidente de esa corporación (Velasco, 2014). Ese año tuvo lugar un Simposio de medicina psicosomática que reunió a González Enríquez con Manuel Guevara Oropeza, Alfonso Millán y Mario Fuentes. La línea de la discusión giró en torno a los síntomas de la “psiconeurosis” y todos coincidían en la necesidad de integrar los aspectos psicológicos con las manifestaciones corporales en aras de construir una mejor comprensión de las enfermedades (Ríos, 2016). De ahí que fuera adquiriendo fuerza la inquietud por hacerse partícipes de los descubrimientos de Freud y de sus seguidores.

UN PROGRAMA DE FORMACIÓN PSICOANALÍTICA EN MÉXICO

A iniciativa de Raúl González Enríquez, entre 1948 y 1950 se organizó el primer curso de especialización en psiquiatría en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Con el apoyo de José Zozaya, entonces director de la División de Graduados de la Escuela de Medicina, y un grupo de médicos interesados en la disciplina –Aniceto Aramoni, Arturo Higareda, Armando Hinojosa y Jorge Derbez– inició el curso de dos años. Se trataba de la incorporación a la ruta moderna que había hecho de la articulación entre psicoanálisis, higiene mental y medicina psicosomática, un componente fundamental de la llamada psiquiatría dinámica. De

⁶ Desde 1939, la presencia de un grupo de psiquiatras españoles exiliados, provenientes de la escuela neurohistopatológica de Santiago Ramón y Cajal, había hecho resurgir en el campo psiquiátrico mexicano cierta tensión entre una tradición organicista, afín a la investigación neurofisiológica y anatomopatológica, y otra tradición que se concentraba en los fenómenos psíquicos y su relación con aspectos socio-culturales (Sacristán, 2007).

hecho, era la atracción que estos personajes sentían por el "auge arrollador" que la medicina psicosomática había alcanzado en Estados Unidos, uno de los móviles para su participación (Derbez, 1969; pág. 10).

En esa tesitura, Abraham Fortes y José Zozaya descubrieron que Erich Fromm se encontraba pasando una temporada en Michoacán. Luego de confirmar, con José F. Díaz, "que se trataba de un psicoanalista de fama internacional", contactaron a Alfonso Millán, Guillermo Dávila y Raúl González Enríquez para evaluar la posibilidad de convocarle.⁷ El distinguido sociólogo y psicoanalista alemán impartió un seminario en el curso de especialización: "una introducción a la comprensión del lenguaje simbólico" que versó sobre la dinámica del inconsciente (Fromm, 1960).⁸ Al término de esa experiencia, los psiquiatras le propusieron residir en México y dirigir su entrenamiento psicoanalítico. José F. Díaz le cedió su plaza a fin de que se incorporase a la planta docente de la División de Graduados. El grupo interesado en recibir formación psicoanalítica congregó, como era de esperarse, a los profesores Raúl González Enríquez, Alfonso Millán, Guillermo Dávila, Abraham Fortes y José F. Díaz; se sumaron los jóvenes organizadores del curso de especialización —Aniceto Aramoni, Jorge Derbez, Arturo Higareda y Armando Hinojosa—, y cuatro médicos que recién habían completado su formación psiquiátrica en Estados Unidos: Ramón de la Fuente, Jorge Silva García, Francisco Garza y Jorge Velasco Alzaga. Un año y medio después admitieron al colombiano José Gutiérrez entre sus filas (Silva, 2006).

En adelante, este grupo se encargó de velar por el desenvolvimiento del proyecto psicoanalítico frommiano, aprovechando las ventajas de las que disponían. González Enríquez, Millán y Dávila tenían puestos importantes en la UNAM: en la Escuela de Medicina y en el Departamento de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras. Además laboraban en el Hospital General y en el Manicomio de La Castañeda. Guillermo Dávila era Jefe de Servicios Médicos del IMSS y

⁷ Desde 1946, los jóvenes que integraron el primer grupo de estudios sobre Freud, junto a González Enríquez y otros destacados psiquiatras, comenzaron a salir del país para formarse en instituciones psicoanalíticas reconocidas.

⁸ Erich Fromm impartió en México un curso dirigido a estudiantes de psiquiatría y de psicología que había presentado en el Instituto William Alanson White de Nueva York y en el Bennington College. Se publicó como libro en 1951. La traducción castellana es de 1957.

González Enríquez tenía a su cargo la Unidad de Neuropsiquiatría de la misma institución. Por su parte, José F. Díaz era Jefe del Departamento de Higiene Materno Infantil de la Dirección de Salubridad en el Distrito Federal. También Raoul Fournier, director de la Escuela de Medicina y presidente de la Academia Nacional del gremio, simpatizó desde un principio con la causa y comenzó su terapia psicoanalítica (Derbez, 1981).

La vinculación de Erich Fromm con estos actores, que ostentaban posiciones cardinales en las instituciones médicas y educativas del país, representa el inicio de un ambicioso programa de investigación. Al momento de su llegada, Fromm todavía era miembro de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API), máxima autoridad para las huestes freudianas. Así, la primera fase formativa de los trece médicos tuvo validez internacional. Sin embargo, en 1953, quedó excluido de las listas de la IPA. Con la publicación de *El miedo a la libertad*, en 1941, Fromm comenzó a ser foco de controversias a raíz de su lectura socio-cultural del psicoanálisis, que cultivó durante su exilio en Estados Unidos al lado de figuras como Margaret Mead, Ruth Benedict, Karen Horney y Harry Stack Sullivan. Muchos de sus colegas se negaron a otorgar el estatuto psicoanalítico a su trabajo, debido a que carecía de formación médica (Friedman, 2016).

En México, fue justamente ese gremio el que le cobijó. El mismo año de la expulsión, Guillermo Dávila reconocía ante la Academia Nacional de Medicina que su maestro era “fundador de una escuela psicoanalítica que, por separarse en muchos aspectos de las ideas originales de Sigmund Freud, ha sido denominada escuela heterodoxa” (Zuñiga, 2009; pág. 122). Es evidente que el retiro de Fromm de la API no se percibió como un obstáculo para continuar con el proyecto que acaudillaba en México. La primera generación se graduó luego de un lustro de formación. De 1951 a 1956, Fromm asumió la responsabilidad integral de los seminarios teóricos, los análisis personales y las supervisiones clínicas, aunque recibió a varios colegas que le acompañaron en la faena. En el entendido de que acercarse a comprender el mundo psíquico requería de la integración de diversos campos de conocimiento, Fromm preparó para sus alumnos cursos de biología, sociología, antropología, filosofía, de meditación y concientización corporal.

Además de la lectura de sus trabajos y el estudio de la obra de Freud, se revisaron contribuciones de psiquiatras y psicoanalistas como Karen Horney, Alfred Adler, Carl G. Jung, Harry Stack Sullivan y Sándor Ferenczi. El pensamiento de Fromm, al que denominó “psicoanálisis humanístico”, implicaba una sugestiva síntesis de corrientes: partía de un filtro sociológico que engarzaba el saber freudiano con elementos del marxismo, el judaísmo —una especie de homenaje a sus orígenes— y el budismo zen. A pesar de que Fromm había configurado una postura teórica propia que lo confrontó con numerosos colegas europeos y estadounidenses, durante su estancia en México, entre 1949 y 1974, conservó contactos con redes académicas y científicas internacionales que sirvieron de soporte al plan de formación que dirigía.

En 1952 falleció Raúl González Enríquez, uno de los pilares del grupo frommiano en México. No obstante, sus compañeros dieron pasos certeros para consolidar su influencia en las estructuras educativas. Con el visto bueno de la rectoría, se fundó en 1954 el Departamento de Psicopedagogía e Higiene en la UNAM. Jorge Derbez fue comisionado para introducir la perspectiva psicoanalítica “humanista” en la práctica pedagógica; persistió en el cargo hasta 1967. En 1952, Jorge Velasco-Alzaga concretó la fundación del Departamento de Higiene Mental del Hospital Infantil, que se convirtió en el primer centro de adiestramiento en psiquiatría infantil. Entre 1951 y 1965, Alfonso Millán y Ramón de la Fuente continuaron organizando el curso de especialización en psiquiatría, adjunto al Departamento de Higiene Mental de la División de Graduados de la Escuela de Medicina. A fines de 1956, se constituyó oficialmente la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis (Millán, 1965).

El psicoanalista alemán tuvo oportunidad de exponer sus ideas ante una audiencia más plural ese año, durante el evento conmemorativo del centenario del natalicio de Freud, que él mismo había organizado. Con la traducción al español de *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, en 1956 comenzó a publicarse la Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, editada por el Fondo de Cultura Económica. Fromm fue el encargado de dirigir la colección, que continuó editando sus trabajos junto a tratados clásicos en esas áreas. Si tomamos en cuenta que,

entre 1940 y 1960, México era el mayor productor de libros en Latinoamérica y exportaba el 75% de su producción (Torres, 1998), estimaremos la trascendencia de la alianza con esa casa editorial, que garantizaba la difusión de su obra en el mundo de habla hispana.

En calidad de comunidad científica con un programa de investigación concreto, en el mes de septiembre de 1956 Alfonso Millán y Erich Fromm representaron a su asociación en la Primera Conferencia Internacional de Estudiantes de Salud Mental, organizada por la Federación Mundial de Salud Mental y la Asociación Internacional de Universidades. Millán representó a México junto a los delegados de otros diez países en una mesa que discutió acerca de las características de la enseñanza de la psiquiatría (Funkenstein, 1959).

ERICH FROMM Y LA INVESTIGACIÓN SOCIO-PSICOLÓGICA

Desde 1929, año en que concluyó su formación en el Instituto Psicoanalítico de Berlín, Erich Fromm daba cuenta de su preparación en dos terrenos que continuaría sembrando a lo largo de su vida: el psicoanálisis y la sociología. En el artículo que presentó para graduarse argumentó que el psicoanálisis permitía vislumbrar que el aparato psíquico era “desarrollado y determinado esencialmente por la relación del individuo con la sociedad”. Desde su punto de vista, los analistas deberían involucrarse en la elucidación de problemas sociológicos (Friedman, 2016). Ese año Fromm fue uno de los fundadores del Instituto Psicoanalítico de Fráncfort, que compartió sede, durante un tiempo, con el Instituto de Investigaciones Sociales. Su director, Max Horkheimer, se propuso “llevar las perspectivas psicoanalíticas a las deliberaciones del instituto” y, gracias a una recomendación de Karl Landauer, incorporó a Fromm como investigador vitalicio al Instituto. Su encomienda era formular una “visión marxista interdisciplinaria” que se ocupara de los aspectos sociales, psicológicos y culturales. Horkheimer dejó a Fromm al frente del Departamento de Psicología Social, desde donde el analista fue edificando hipótesis que tuvieron cierta resonancia en los albores de la Teoría Crítica.

En “Método y función de la psicología social analítica” (1932) publicado en el número inaugural de la revista del Instituto, Fromm expuso su concepción del marxismo y del psicoanálisis como ciencias materialistas, en la medida en que ambas teorías se desprendían de las necesidades concretas de la vida. Dicho enfoque estuvo marcado por el humanismo que profesaba el joven Marx en los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844. Fromm trabajaba pues para encontrar “una teoría de los enlaces psíquicos mediadores entre la base y la superestructura”; y propuso que “las fuerzas libidinales se liberan a nuevas formas de utilización y por lo tanto cambian su función social”. A través de la mirada sociológica de Fromm, esto era visible, en primer lugar dentro de la familia, vista como el “organismo mediador” entre la psique individual y las estructuras sociales y económicas. Este planteamiento estaría en la base de un proyecto de investigación colectivo del Instituto: “La autoridad y la familia”.

En la década de 1930, la contribución nodal que realizó a la definición de la “personalidad autoritaria” —tópico que continuó atrayendo a las figuras estelares de la Escuela de Fráncfort—, surgió de un encargo que recibiera de Horkheimer: conducir un estudio sistemático acerca del carácter de los trabajadores alemanes, para determinar lo que se podía esperar de ellos ante el creciente poder del nacionalsocialismo y el posible ascenso de Hitler. Para llevar a cabo tal empresa, Fromm utilizaría como punto de anclaje el psicoanálisis, integrándolo con métodos sociológicos y antropológicos de investigación. Los resultados del estudio pronosticaban lo que en realidad ocurrió. Con el arraigo del fascismo en Alemania, el Instituto de Investigaciones Sociales tuvo que trasladarse a Nueva York, en 1934, donde fue acogido por la Universidad de Columbia (Friedman, 2016). Exiliado en esa ciudad norteamericana, Fromm publicó *El miedo a la libertad*. Allí desplegó su “Teoría del carácter social”, quizá la más fina expresión de su pensamiento —fraguada al calor del trabajo que había piloteado en Alemania— que se abocaba a comprender la “matriz de carácter” de los miembros de una sociedad, que finalmente se convierte en el engranaje de un sistema económico. La ruptura con los colegas de Fráncfort sobrevino a razón de las reformulaciones que había hecho de las ideas fundamentales de Freud. El desenlace de su

participación en el Instituto de Investigaciones Sociales no evitó que su elucubración sobre la libertad, específicamente el lugar que ocupa en los sistemas totalitarios y en las democracias, circulara de manera profusa y trascendiera límites entre disciplinas. El trabajo adquirió importancia en los canales culturales y en el ámbito intelectual estadounidense por su manera de abordar el problema de la angustia del hombre en el mundo moderno, además de que presentaba una lectura psicológica del fascismo.

Lo atractivo que resultó este programa de investigación para los psiquiatras mexicanos puede comprenderse a la luz de la constelación cultural que prevaleció en nuestro país entre 1920 y 1950, lapso en el que el psicoanálisis adquirió una relevancia inusitada en las discusiones científicas, literarias, filosóficas y sociales. No obstante, no se puede descartar que fuera la coincidencia de ciertas disquisiciones de Fromm con el campo de intereses que los psiquiatras habían cultivado con el movimiento de la higiene mental, el factor definitorio a la hora de invitarlo a radicar en México. La declarada postura socialista de Fromm pudo haber despertado también la afinidad de algunos de estos personajes, vinculados al programa ideológico del cardenismo.

Desde que comenzaron su entrenamiento, los discípulos mexicanos de Fromm crearon grupos de investigación con la finalidad de aplicar las herramientas teóricas que iban adquiriendo en la comprensión de problemáticas particulares de la vida social y cultural del país. Alfonso Millán informa que entre los cursos semestrales atendieron uno que justamente llevaba por título “Problemas socio-psicológicos de la cultura mexicana” (Millán, 1965). Con sustento en su método de investigación socio-psicológica, Fromm dirigió, entre 1957 y 1964, un trabajo de campo en la comunidad campesina de Chiconcuac, en Morelos. José Zozaya fungió como intermediario frente a la Secretaría de Gobernación, que proporcionó los fondos para iniciar. La primera generación de analistas formados por Fromm colaboró en la elaboración del “cuestionario interpretativo” —piedra angular de la investigación— y en la recolección de datos (Fromm y Maccoby, 1973). En 1957,

presentaron los lineamientos de esa labor en la Academia Nacional de Medicina.⁹ Tres años después volvían sobre el tema. “Psicoanálisis e investigación social” fue el título de otro coloquio, coordinado por Alfonso Millán, que se utilizó para compartir los avances del trabajo en Morelos. Hacia 1958, Guillermo Dávila preparaba un bosquejo para el estudio caracterológico de un grupo de familias residentes en la Unidad Habitacional Legaria del IMSS, que emprendería cinco años más tarde con un donativo del Foundation’s Fund for Research in Psychiatry (Díaz Carabaño, 1974).

LA CARACTEROLOGÍA PSICOANALÍTICA Y SU APLICACIÓN EN LA UNIVERSIDAD

Con el apoyo del director de la Escuela de Medicina de la UNAM, Raoul Fournier, se erigió en 1955 el Departamento de Psicología Médica y Salud Mental. Alfonso Millán ocupó el puesto de director. La presencia de Fromm adquirió un peso considerable en la medicina: se modificó el plan curricular de la carrera, incorporando la materia de psicología médica. Uno de los objetivos centrales del Departamento era fomentar una práctica médica calificada de “humanística”.¹⁰

En 1956, Armando Hinojosa —a la sazón Jefe del Departamento de Prácticas de Psicología Médica—, coordinó una investigación que empleaba el método sociopsicológico de Fromm para determinar las “orientaciones de carácter” de los estudiantes de medicina. En el prefacio que el analista alemán escribió para el libro que daba a conocer los resultados, resaltaba la necesidad de distinguir el “estudio dinámico del carácter”, que apuntaba hacia la comprensión de la

⁹En el simposio “Estado Actual de la Terapia Psicoanalítica”, con ponencias de Erich Fromm, Alfonso Millán y Guillermo Dávila (Ríos, 2016).

¹⁰ Raoul Fournier Villada fue uno de los más entusiastas promotores de este enfoque “humanista”, tributario de la reformulación del psicoanálisis concretada por Erich Fromm. En 1969, al proponer la fundación de una Sociedad de Medicina Neohipocrática sostenía: “El médico debe, por obligación más que por derecho, ayudar a la paz interna del hombre y al mantenimiento de la paz externa. Para que se logre, el médico necesita armonizar la existencia de su ser con la esencia de su esencia. La enajenación de los otros no deberá ser únicamente preocupación de filósofos y sociólogos sino también del médico en la medida en que se ocupa de la salud somática y psíquica del hombre. Quienes nos dedicamos al ejercicio de esta profesión, debemos considerar con claridad nuestra propia enajenación ya que debemos estar capacitados para analizar sus causas y valorar sus estragos” (Fournier, 1969).

personalidad “normal”, de los métodos de la psicología conductista (Hinojosa y Cosío, 1967; págs. XI-XII).

Armando Hinojosa y Adriana Cosío aparecen como los autores del texto final. Entre los propósitos que los impulsaron a trasladar esta herramienta conceptual a la universidad señalan: comprender los problemas que aquejaban a los alumnos, sus “defectos de vocación”, los factores que incidían en la sobrepoblación escolar durante los dos primeros años de la carrera y que luego desembocaban en fracasos escolares o en un número elevado de deserciones. La premisa de que el fracaso escolar “respondía en primer término a factores de carácter neurótico del más diverso tipo” encauzó sus pesquisas. Aseveraron que estos fenómenos no quedaban cabalmente explicados si se remitía únicamente a “problemas intelectuales” cuantificados a través de pruebas psicométricas, o a la falta de recursos económicos para continuar con los estudios. En consecuencia, pretendían “descifrar la calidad caracterológica” de los alumnos y trazar una línea divisoria entre esta nueva aproximación e investigaciones que, en décadas pasadas, se habían logrado concretar en el espacio pedagógico. Para ello tomaron una muestra representativa del grupo promedio de 1273 alumnos de primer ingreso en la Escuela de Medicina de la UNAM. Los clasificaron por sexo, edad, cociente intelectual y lugar de origen. Trabajaron con 82 hombres y 18 mujeres entre 15 y 27 años, provenientes de 15 estados de la República Mexicana y de algunos países latinoamericanos. Se intentó darles seguimiento hasta el momento de recibir el título universitario, pero no siempre se logró.

El instrumento central de la investigación fue un “cuestionario interpretativo” que designaron con las iniciales MCU: Medicina Ciudad Universitaria. Para armar esta herramienta que serviría de base a sus inquisiciones primero entrevistaron a 50 médicos que, desde su punto de vista, se acercaban al “ideal científico y humano” que consideraban indispensable para ejercer la profesión. En este sentido, aseguran que “casi la totalidad” coincidió con “su escala de valores éticos y la forma de aplicación de éstos a la personalidad del médico”, además de que aprobaron el “concepto humanista” que regía “su postura como psicólogos y psicoanalistas” (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 4). A partir de la interacción con los

médicos formularon 16 puntos, que articulaban los temas que les interesaba tratar con los rasgos caracterológicos, —“positivos” y “negativos”— que examinarían en las respuestas de los estudiantes.¹¹ Con esos elementos procedieron a elaborar el MCU que sería el eje rector del estudio. Es importante aclarar que éste tipo de cuestionario resultaba toral en el método socio-psicológico frommiano porque se aplicaba a modo de entrevista, y estaba pensado para aprovechar las ventajas de la técnica de interpretación psicoanalítica en respuestas abiertas.

Como era menester imprimir al MCU los caracteres de una prueba proyectiva, en este caso se añadió un punto con la intención de evaluar la “sinceridad” de los estudiantes a la hora de contestar las preguntas.¹² Con esa lectura psicoanalítica dieron especial importancia a los giros del lenguaje, la sintaxis, tachaduras, actos fallidos y hasta al tamaño de la letra. En esos términos, declaran: “hacemos hablar al sujeto, y de esta manera, obtenemos un material que contiene no sólo sus ideas, sino los mecanismos de su carácter”. Incluso cuando el alumno evitaba dar respuesta o mentía, los psiquiatras analizaron el “contenido ideológico y emocional” (Hinojosa y Cosío, 1967; págs. 86-87). Aprovecharon material recogido en las clases y seminarios de psicología médica: autobiografías, narraciones de sueños y discusiones de problemas o experiencias a sugerencia de los estudiantes, chistes, albures, la observación en los pasillos de la escuela, los tiempos de ocio y las vacaciones. Pretendían deslindarse de los objetivos perseguidos con una evaluación exclusivamente psicométrica pero, de todos modos, además del MCU, emplearon el cuestionario de valores de Allport y obtuvieron rangos de inteligencia con la prueba de matrices progresivas de Raven. En los casos que juzgaron oportuno, aplicaron el test de Rorschach y el T.A.T

¹¹ Los 16 puntos eran: cultura general, identificación con algún personaje significativo e ideal, actitud ante la verdad y capacidad para la crítica racional, capacidad para las relaciones humanas positivas, seguridad y decisión en situaciones difíciles, sentido del humor y seguridad ante la crítica, sensibilidad, capacidad para amar, respeto por la vida, sentido de responsabilidad, escala de valores éticos y vitales, ausencia de mercantilismo y capacidad para sustraerse a su influjo, discreción, autoritarismo en su fase “dominio” y capacidad para autoridad racional, con ausencias de autoritarismo irracional, autoritarismo en su fase “sumisión” o en ausencia de sumisión y, por último, poseer orientación biológica y médica.

¹² Para el “control de la sinceridad” se utilizaron dos preguntas: “¿Ha comido alguna vez con las manos, aprovechado que nadie lo ve?” y “¿Ha dejado de lavarse las manos después de haber ido al WC?”.

(Prueba de apercepción temática). Se valieron también del recurso a las visitas domiciliarias conducidas por trabajadores sociales. Tomaron nota de los antecedentes familiares patológicos, de las condiciones socio-económicas, recabaron datos para relacionar el carácter de los padres con el de los hijos y sus hermanos, o en su caso, información proporcionada por caseros o compañeros de pensión del estudiante. Para ampliar el espectro de escrutinio, los psicólogos y psiquiatras registraron las reacciones de los jóvenes a la aplicación de las pruebas y asentaban una calificación sobre la apariencia personal y la forma de vestir.

Llama la atención que se propusieran utilizar el MCU en las clases de psicología médica para sustentar su “método de enseñanza”.¹³ Les pareció una táctica funcional para que los estudiantes aprendieran “los elementos de la caracterología, utilizando el material clínico que proviene de ellos mismos”. Coligieron que, a la vez, surgía una oportunidad para comprobar o modificar las interpretaciones que habían hecho sobre sus alumnos. Así, dedujeron que se trató de una “enseñanza vivida” que acrecentó el interés en la materia en la medida en que constituyó una aplicación práctica de la psicología. Según relatan, los estudiantes tuvieron una experiencia significativa porque, mientras las respuestas iban siendo interpretadas, adquirirían “conciencia de su forma de reaccionar” y, de ese modo, se iban desprendiendo de “su tendencia a racionalizar y defenderse”. Como indicio de este “interés por saber más” de los alumnos, notifican:

En ocasiones solicitaron entrevistas privadas y preguntaron cómo podrían resolver sus problemas. El estudiante pudo captar también que no es la única persona que tiene problemas y actitudes negativas, sino que su caso es común y corriente, y por lo tanto el *carácter defectuoso* es un fenómeno normal en la humanidad y la mejor actitud es percatarse de las fallas y hacer un esfuerzo por superarlas. Se les explicó que precisamente en esto consiste el proceso de maduración y aun los hombres adultos se encuentran continuamente en él, si son básicamente positivos. El sujeto neurótico, en cambio, se encuentra paralizado y dando vueltas sobre el mismo lugar y cada vez más abajo, ya que al aumentar la edad, disminuyen automáticamente las posibilidades vitales, cuando se ha tomado un camino erróneo” (Hinojosa y Cosío, 1967; págs. 20-21).

¹³ Ramón de la Fuente señala que se trataba de desarrollar simultáneamente con la enseñanza de la psicología un Programa de salud mental con un enfoque biopsicosocial (De la Fuente, 2006).

Esta apreciación que confirmaba la existencia de un “carácter defectuoso” hacía eco de los planteamientos que Fromm había plasmado en *Ética y psicoanálisis* (1947). A decir de uno de sus biógrafos, en ese texto el analista procuró desarrollar su teoría del carácter social, pero sus cavilaciones no adquirieron ni la precisión ni el sustento que tuvieron los artículos que produjo mientras trabajó en el Instituto de Investigación Social de Fráncfort (Friedman, 2016). En esta etapa posterior de su producción intelectual, Fromm hablaba de la necesidad de construir una “Ciencia del Hombre” capaz de ampliar ciertas concepciones antropológicas y de actualizar una “ética humanista” que abrevase de las obras de filósofos como Aristóteles, Spinoza, Kant y Dewey. En consonancia con esa posición, en 1947 presentó su versión de la caracterología freudiana ponderando el esclarecimiento de las formas de relación del ser humano con sus semejantes y con el mundo. Había escrito *Ética y psicoanálisis* con la intención de “adelantar una filosofía amplia de la vida” para la sociedad occidental de la posguerra. Hay que decir que el tono profético que acompañó a esas discusiones le servía para sustentar su rechazo de la teoría de los impulsos de Freud y, por lo tanto, para proponer una alternativa conceptual al discurso psicoanalítico oficial representado por la IPA.

Fromm establecía la necesidad de que el hombre hiciera uso de sus recursos internos para encontrar la felicidad, continuar con los preceptos de la Ilustración y convertirse en un ser “productivo”, que requería de una actitud racional y reflexiva para “dar nacimiento a las propias potencialidades”. De acuerdo con este razonamiento, sólo a partir del entendimiento de las propias cualidades era posible apreciar las cualidades de los demás y sentir empatía genuina y amor por el otro. Para el sociólogo y analista, estos eran los cimientos de una ética universal: “la vida productiva era racional, espontánea, creativa y amorosa, cuando no exuberante” (Friedman, 2016; pág. 190).

El III Congreso de Higiene Mental cerró en 1948 con la determinación de crear una Federación Mundial de Salud Mental. Entre los redactores de los estatutos estaban algunos integrantes del movimiento “cultura y personalidad”, cercanos a Fromm. Con la nueva investidura institucional del concepto de “salud mental”

comenzó a promocionarse, desde organismos internacionales¹⁴, un estilo de intervención interdisciplinario que articulaba la psiquiatría con el psicoanálisis y las ciencias sociales. Para fines prácticos, se dejaba una pauta abierta para que se prolongara la tendencia injerencista en los asuntos individuales y colectivos estipulada por el movimiento de la higiene mental. Aun cuando en la coyuntura militar y diplomática de la Guerra Fría, el modelo de “salud mental” se orientaba hacia la construcción de una posición política nutrida de los valores que estaban en la base del sistema democrático capitalista. Con el repudio sistemático del fascismo, que pasaba por un cuestionamiento de la experiencia soviética, se pretendía atender a “la construcción subjetiva (individual, familiar, social) de la democracia y las libertades” (Vezzetti, 2012; pág. 5).

En el IV Congreso Internacional de Salud Mental, celebrado en la ciudad de México en 1951, Fromm habló de la contribución de las ciencias sociales a la “higiene mental” (Ríos Molina, 2016, p. 193). No obstante, en los siguientes años, incorporó su discurso a la transición entre dos modelos de atención signada con el relevo del término “higiene mental”. A través de una serie de conferencias impartidas en distintos escenarios, a lo largo de la década de 1950 Fromm fue acuñando un concepto de salud mental coherente con el viraje que había dado en *Ética y psicoanálisis*. Contemplaba, de inicio, el efecto “enajenante” de la economía de mercado sobre la subjetividad, que daba origen a lo que llamó la “patología de la normalidad” en las sociedades industrializadas. Desde su óptica, la adaptación del sujeto a una sociedad capitalista y “enferma” determinaba su incapacidad para relacionarse con la realidad de manera “productiva”.¹⁵ El interés del psicoanalista gravitaba sobre México en la medida en que advertía la supervivencia de “una antigua cultura tradicional” en un país moderno, y le interesaba llevar a cabo estudios empíricos que pudieran echar luces sobre las peculiaridades de “una cultura en la que el hombre puede permitirse todavía ser perezoso, porque es capaz de gozar de la vida; una cultura en la que el carpintero

¹⁴ Tales como la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la UNESCO.

¹⁵ En el campo psiquiátrico, las reflexiones de Fromm sobre las posibilidades que el sujeto tenía de gozar de la salud mental en un orden social “enfermo” permitían construir, paradójicamente, una concepción patologizadora para los sujetos que sí lograban ajustarse a las exigencias de la pujante economía de mercado.

goza todavía de hacer una buena silla, y no se pone a producirla con rapidez y con ansia de beneficio" (Fromm, 1994; pág. 13). Así, abogaba por instaurar una línea "transterapéutica" del psicoanálisis que consistía en aplicar los principios del psicoanálisis humanista a la comprensión de los efectos de la sociedad sobre el sujeto y para potenciar el desarrollo de personas "sanas".

Según reportan Hinojosa y Cosío, el análisis de carácter de los estudiantes fue la primera aplicación empírica —en el mundo— de la caracterología de Fromm. Si bien tomó como referente las nociones de Freud y las contribuciones de Karl Abraham, Fromm había descartado los aspectos pulsionales. Definió el "carácter" como "la forma relativamente permanente en que la energía humana se estructura en el proceso de *relacionarse* con los demás y de *asimilar* la naturaleza", por lo que su estudio comportaba el desciframiento "las fuerzas inconscientes que motivan al hombre". Identificó cuatro formas de "asimilar" o adquirir objetos: pasivamente, tomando por la fuerza, acumulando o produciendo con el propio trabajo. Denominó "proceso de socialización" al modo de vincularse con los demás, y señaló también cuatro vías: de manera simbiótica (sádica o masoquista), destructiva, narcisista o amorosa. Estos cuatro pares de técnicas o actitudes canalizadoras de la energía psíquica definían la especificidad de las "orientaciones": receptiva, explotadora, acumulativa y "productiva". La última era en realidad un tipo ideal que Fromm colocaba en contraposición a las otras orientaciones, calificadas de "improductivas". La novedad que apareció en *Ética y psicoanálisis* fue la "orientación mercantil", sin duda una categoría que era fruto de sus dotes como crítico social, ya que construyó este concepto para dar cuenta de las modificaciones que sufría la subjetividad a causa de las múltiples transformaciones que acompañaban el proceso de industrialización.

Es preciso reconocer que los discípulos mexicanos que utilizaron estas conceptualizaciones en 1956, admitieron la índole abstracta y esquematizada de las "orientaciones de carácter" que el judío alemán había descrito en *Ética y psicoanálisis*. Luego de trabajar con sujetos en un contexto específico, los autores del *Análisis psicológico de estudiante universitario* concluyeron que la "productividad", más que un tipo de carácter diferente, podría utilizarse para

denominar “un grado de desarrollo que transforma la personalidad”, una “cualidad de la maduración general”. Hinojosa y Cosío explicitan: “La mayoría de los rasgos caracterológicos aun siendo positivos, caen dentro de algunas de las cuatro orientaciones consideradas como improductivas”, pero “son capaces de evolucionar hacia lo positivo en un sujeto normal, y en gran parte, la productividad descansa en esta capacidad de evolución transformadora” (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 81).

La maniobra para conferir validez empírica a la caracterología frommiana fue tomada de las consideraciones que el propio Fromm ya había adoptado sobre su propuesta (Fromm, 1947; págs. 127-128). En la misma tónica, sus discípulos aclararon que entendían las cuatro “orientaciones improductivas” —la “mercantil” incluida— como “formas básicas de canalizar la energía” que bien podían existir simultáneamente en un sujeto. Entonces leyeron los rasgos negativos de las orientaciones, delineados por Fromm, como “vicios o distorsiones de las cualidades positivas”, y éstas las entendieron como “la modificación favorable de un defecto primario”. De ese modo, sostenían que la orientación receptiva podría convertirse en “aceptativa”, la explotadora en “proficiente”, la acumulativa en “acrecentativa” y la mercantil en “transmutativa”. Estos fueron los nombres que idearon para “las técnicas de manejo de energía en dirección productiva” y que apuntaban a consolidarse como contribuciones nodales al bagaje conceptual del psicoanálisis humanístico. Bajo esta lógica, Hinojosa y Cosío explicaron que la productividad “se manifiesta en el manejo positivo de las energías vitales a través de las técnicas de aceptar, tomar activamente, conservar e intercambiar, pero no como orientación independiente” (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 289-290).

Así, el corolario de la investigación socio-psicológica que conducían estaba en captar el “grado de productividad” en cada sujeto estudiado y en el grupo. Definieron cuatro rangos, pero sólo un estudiante encajó en el grado máximo de productividad. Situaron a la mayoría del grupo en el cuarto rango, que ostentaba entre 20% y 40% de productividad. En ese parámetro ubicaron “rasgos de explotabilidad, inercia, mendacidad, hipocresía, mezquindad y parasitismo”. Incluso se emitió el diagnóstico de esquizofrenia paranoide a uno de los

estudiantes (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 251). Es de notar la inquietud de Hinojosa y Cosío por ubicar en los alumnos rasgos del “sujeto mercantilmente orientado”, de actitudes intercambiables en función de los beneficios disponibles en el “mercado de la personalidad” y condicionado por la manipulación publicitaria (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 73-78, 191).¹⁶

Hacia el final del texto ratifican que los resultados obtenidos podían considerarse “estadísticamente normales”, pero enseguida aflora el trasfondo de su intervención, que responde a las reflexiones sobre la salud mental que Erich Fromm estaba adelantando: “lo que estamos acostumbrados a considerar como normal es una realidad que no podemos aceptar como meta del desarrollo de una persona. Al poder encontrar y comprender tantas malformaciones en el carácter, se abre un amplio campo de posibilidades, anteriormente insospechadas”. Lo anterior les lleva a enfatizar: “la higiene mental tiene mucho por hacer, en conjunto con la sociología, la pedagogía y todas las disciplinas humanísticas que actualmente se desarrollan” (Hinojosa y Cosío, 1967; págs. 253-254, 286).

La rúbrica de los nexos de su estudio con los lineamientos de la higiene mental se advierte claramente en el abordaje de dos cuestiones. Cuando terminaron de aplicar el MCU, Adriana Cosío Pascal aplicó un sondeo con el objetivo de averiguar la influencia del cine en los adolescentes. Este tema había preocupado a los psiquiatras higienistas en la década de 1930. Alfonso Millán —quien en el momento del estudio dirigía el Departamento de Psicología Médica— llegó a proponer la creación de un Consejo de Supervisión Cinematográfica convencido de que el cine “invitaba al pueblo a olvidarse de su mundo” (Ríos, 2016). Recordemos que, en el encuadre del estudio, se habían fiscalizado también las actividades de los estudiantes en sus tiempos de ocio. Se le dio al ejercicio de escribir el argumento de una película una connotación proyectiva, y tal como hicieron con las otras pruebas psicométricas que suministraron, manipularon los datos para contrastarlos con la interpretación del MCU.

¹⁶ Una de las preguntas del MCU reza: “¿Cree usted que dadas las condiciones de la vida moderna un médico debe hacerse propaganda?”. En los 16 puntos que utilizaron para estructurar el cuestionario se incluía explícitamente: “ausencia de mercantilismo y capacidad para sustraerse a su influjo” como uno de los aspectos a explorar.

Por otra parte, en el entorno escolar los autores identificaron la figura del “mal maestro”, reconociendo que provocaba un daño importante en el estudiante “al prolongar el círculo vicioso de una enfermedad social”: inferían que el profesor había sido otra “víctima de los defectos del medio científico cultural en que se desarrolló”. Líneas más adelante, actualizan una de las categorías que sirvieron a los higienistas en las Clínicas de la Conducta para enunciar los casos de desajuste o desviación social. Sólo que en vez de expresarla de manera individual (niño-problema), registraron “grupos de alumnos-problema” en los siguientes términos: “suelen ser los que tienen profesores poco deseables, ya por su escaso crédito como pedagogos, ya por tener fama de muy estrictos y malhumorados”. A pesar de que a primera vista parece un juicio más comprensivo de la problemática de los estudiantes, la responsabilidad de quedar bajo la tutoría de esta clase de profesores es puesta exclusivamente sobre ellos: “rebeldes, irregulares e irresponsables que vienen a reunirse en los grupos menos adecuados y donde no hubieran deseado estar”. Para cerrar su posicionamiento al respecto indican que es frecuente en “la gente que sufre incapacidad para vivir” terminar en lugares inconvenientes “reuniéndose con sujetos igualmente problemáticos y deficientes, que llegan a formar conjuntos de amargados, inconformes y agresivos que constituyen núcleos de fuertes dificultades para la comunidad” (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 277, 282).

También en los comentarios sobre las visitas domiciliarias quedaban huellas de la injerencia higienista. Reportan los “defectos del ambiente” que observaron en los siguientes términos: “específicamente familias mal organizadas, hogares agobiados por conflictos y dificultades, entre los que destacan los problemas económicos y la neurosis de los padres”. De acuerdo con la lectura frommiana, señalan que a menudo el padre es una figura “autoritaria” que provoca efectos ambivalentes en el carácter de los hijos (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 274).

En las conclusiones asientan que no encontraron un “tipo de carácter puro”. Una vez más, la observación era de Fromm. Frente a las críticas que recalaban la indeterminación de sus formulaciones, había sostenido, por ejemplo, que el predominio de una de las “orientaciones” dependía de las particularidades de la

cultura en la que se habitaba. Tampoco negaba que resultaba imposible encasillar a un sujeto en una sola orientación. Se entiende que Hinojosa y Cosío exploraron las “orientaciones de carácter” entre los estudiantes de medicina para comprobar una hipótesis de Fromm: las mixturas que podían surgir entre las orientaciones.¹⁷ Según revelan, el carácter de la mayoría de los jóvenes correspondía a la orientación receptivo-explotadora:

El eje principal sobre el que se mueve su vida aparece como el de autoridad-sumisión, o si se quiere sadismo-masochismo. Tanto tienden a subyugar y explotar a los débiles, cuanto tienden a admirar y someterse a poderes superiores, frecuentemente encarnados en ideas religiosas, patrióticas o tradicionalistas y familiares, mal comprendidas y aceptadas sin crítica (...) Las actitudes mercantiles son frecuentes, pero no constituyen los rasgos de carácter más notables. Se hallan con mayor abundancia en los estudiantes de mayor edad, más acomodaticios que los más jóvenes (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 285).

Respecto a las “técnicas mercantiles” establecen que, en los ocho años de duración del estudio, fueron haciéndose más frecuentes “y aceptadas socialmente como metas deseables de desarrollo de la personalidad”. Alertaban sobre la configuración de una orientación explotadora-mercantil en los jóvenes de más edad, que podría llegar a adquirir “mayor fuerza y peligrosidad social” (Hinojosa y Cosío, 1967; págs. 292-294). A la par encontraban cierto desarrollo en la “orientación transmutativa-mercantil” —la dirección “productiva” del mercantilismo—, “probablemente debido a los cambios que el país ha sufrido, con la rápida industrialización y el gran desarrollo de las vías de comunicación y difusión comercial”. A su modo de ver, el rasgo transmutativo traía consigo cierta apertura para vivir experiencias transformadoras, la voluntad de desprenderse del “clan y del suelo” y de viajar para conocer tradiciones distintas a la propia. El

¹⁷ Aseveran: “Debemos tener en cuenta que una orientación caracterológica no representa la posibilidad de una sola y precisa dirección, sino que está compuesta de un campo en el que existen numerosas posibilidades de desarrollo representadas por los rasgos de carácter, que quizá sean más de cincuenta para cada orientación” (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 247).

alumno “barbero o lambiscón” cabría, según los autores, en una composición “receptivo-mercantil” (Hinojosa y Cosío, 1967; págs. 246, 296).

Los rasgos “acrecentativos”, es decir, la correspondencia positiva que Hinojosa y Cosío inventaron para la orientación acumulativa de Fromm, les parecían “poco abundantes”. Acerca de la ausencia de esta orientación remataron: “aunado a la pobreza del medio contribuye a explicar por qué en nuestro ambiente cultural tiene poco desarrollo la investigación científica y la formación de escuelas y disciplinas, que generalmente han sido importadas”. Desde su perspectiva:

...el sujeto de tipo ordinario, es poco apto para el orden y la disciplina racionales, y menos aún para el orden rígido y compulsivo. Nuestro pueblo suele ser inconstante y mal previsor, carece de serenidad, sus valores se han desarrollado preferentemente en los campos del arte y la literatura. Ha sido poco capaz para las labores concienzudas y tenaces como lo son las científicas, que casi nunca ofrecen gratificación inmediata” (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 285).

Habían incluido entre las preguntas del MCU: “¿Qué es el amor?”. También en este registro, los representantes mexicanos del psicoanálisis “humanista” hicieron suya la posición de Fromm y declararon: “mediante el amor se establece la forma ideal de relación interpersonal en el sujeto sano, y su grado de desarrollo es uno de los índices que mejor expresan la salud o la enfermedad del carácter” (Hinojosa y Cosío, 1967; págs. 159, 160).¹⁸ Además de establecer que el neurótico era incapaz de amar “con pureza y productividad”, ubicaron en los estudiantes una proclividad a la “inseguridad existencial en relación consigo mismo y con los demás” que se volcaba en expresiones de “agresión y explotatividad” hacia el sexo opuesto. Indicaron que estos rasgos estaban en la base del “machismo” que manifestaban algunos varones. Como contraparte, en las mujeres hallaron una “curva de receptividad” persistente, que explicaron en relación con la educación provista por el “patrón social dominante” que tendía a volverlas dependientes y sumisas. No obstante, reconocieron que la mujer que aspiraba a ser médica se

¹⁸ Al parecer la inquietud por abordar la naturaleza del amor entre los mexicanos se extendió entre varios de los discípulos de Fromm. *Vid.* Millán, A. (1957).

había “reservado posibilidades de acción y autodeterminación no inferiores a las del hombre” (Hinojosa y Cosío, 1967; pág. 295).

REFLEXIONES FINALES

Erich Fromm llegó a México, en calidad de representante del psicoanálisis, durante un momento decisivo para la institucionalización de la psiquiatría. Varios de los psiquiatras que se convertirían en integrantes de la primera generación de psicoanalistas “humanistas” habían adscrito al movimiento de la higiene mental. Gracias a cierta convergencia ideológica de ese modelo de intervención con la agenda política del Estado posrevolucionario, habían logrado afianzar su disciplina y legitimar su labor en las décadas previas a la llegada del sociólogo y analista.

La teoría psicoanalítica abría nuevas vetas de exploración sobre la interioridad psíquica. El método socio-psicológico de Fromm resultó oportuno a los psiquiatras mexicanos porque condensaba sus inquietudes por desentrañar los aspectos socioculturales que rodeaban la aparición de conductas nocivas para la salud de la nación. En un peculiar desplazamiento, la mirada de Fromm dirigía el examen hacia la “patología” del hombre normal, adaptado a una sociedad de consumo —todavía en ciernes— y al diagnóstico de los rasgos “improductivos” o “defectuosos” que determinaban el carácter neurótico. Es un hecho que el análisis psicológico de los estudiantes de medicina se diseñó para atender una cuestión que preocupaba, desde antaño, al sector administrativo y académico de la universidad. Pese a que la adopción de la caracterología frommiana introducía un modo distinto de enfocar las problemáticas, en el estudio parece cristalizar una tradición de investigación, apuntalada por la higiene mental, que justificaba la intervención de los psicólogos y psiquiatras en todos los registros de la vida de los sujetos. Las conceptualizaciones del célebre psicoanalista dieron, así, un fundamento novedoso a la actividad de los especialistas en las disciplinas *psi*, en un período de transición entre dos modelos orientados a la atención de problemáticas sociales desde el ámbito científico. Aunque se mantuvo el higienismo como referente en la iniciativa de regenerar física y moralmente a la población, hay una diferencia palpable enclavada en la noción de Fromm sobre la

salud mental: con la Cátedra de psicología médica se institucionalizaba la demanda de ajustar a los sujetos neuróticos —no obstante considerados “sanos”— a los parámetros de la “productividad” que, según las convicciones políticas del pensador judío, abrían la puerta a la construcción de una sociedad también más “sana” (la socialista).

Fromm había recibido críticas contundentes por sus formulaciones sobre las “orientaciones de carácter”. No sorprende entonces que se haya valido del buen recibimiento que tuvo en México para impulsar trabajos de campo que le permitieran poner sus teorías a prueba y contar con elementos clínicos para responder a sus detractores.¹⁹ Con el estudio queda en evidencia la adhesión casi absoluta a sus hipótesis y destacan las nuevas denominaciones “productivas” para las “orientaciones”, que propusieron Hinojosa y Cosío. En general, sobresale el afán de contribuir a la construcción de una técnica para el “estudio dinámico del carácter” que, a tono con el itinerario intelectual del exmiembro de la Escuela de Fráncfort, permitiera establecer un diagnóstico de la cultura mexicana y valorar la adaptación de los sujetos a las exigencias de la sociedad industrializada.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Calderón, G. (2002). ***Las enfermedades mentales en México***. México: Trillas.
- Capetillo, J. (2012). ***La emergencia del psicoanálisis en México***. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- Derbez, J. (1969). El psicoanálisis en México. ***Vivencia. Órgano del Instituto Mexicano de Psicoanálisis***, 3 (13).
- (1981). Fromm en México: reseña histórica. En Millán, S. y Gojman de Millán, S. (Comps.) ***Erich Fromm y el psicoanálisis humanista***. México: Siglo XXI.
- Díaz Carabaño, M. (1974). ***Estudio caracterológico de un grupo de familias mexicanas***. Tesis de Doctorado. Facultad de Psicología. UNAM

¹⁹ En 1949, Fromm recibió una invitación de la UNESCO para dirigir una investigación en Australia que pusiera en marcha su teoría del carácter social. El proyecto nunca se concretó (Friedman, 2016, p. 188).

- Friedman, J.L. (2016). **Los rostros de Erich Fromm. Una biografía**. México: FCE.
- Fromm, E. (1957). **El lenguaje olvidado. Introducción a la comprensión de los sueños, mitos y cuentos de hadas**. Buenos Aires: Librería Hachette.
- (1994). **La patología de la normalidad**. Barcelona: Paidós.
- (2016). **Ética y psicoanálisis**. (2a. edición). México: FCE.
- y Maccoby, M (1973). **Socio-psicoanálisis del campesino mexicano**. México: FCE.
- Funkentstein, D. H. (Ed). (1959). **The Student and Mental Health. An International View**. Cambridge: The Riverside Press.
- Hinojosa, A. y Cosío Pascal, A. (1967). **Análisis psicológico del estudiante universitario. Una técnica para el estudio dinámico del carácter**. México: La Prensa Médica Mexicana.
- Laurent-Assoun, P. (2003). **El freudismo**. México: Siglo XXI.
- Millán, A. (1957). **Proyecciones hacia una interpretación del amor en el mexicano**. México: B.Costa-Amic.
- Ríos, A. (2016). **Cómo prevenir la locura. Psiquiatría e higiene mental en México, 1934-1950**. México: Siglo XXI.
- Sacristán, C. (2007). En defensa de un paradigma científico. El doble exilio de Dionisio Nieto en México, 1940-1985, En Huertas, R. y Campos, R. (coords). **De la "Edad de Plata" al exilio: construcción y "reconstrucción" de la historia de la psiquiatría española**. Madrid: CSIC/Frenia.
- Silva, J. (2006). Erich Fromm en México, 1950-1973, En Silva García, J. (comp). **El humanismo de Erich Fromm**. México: Paidós.
- Torres, V. (1998). La lectura, 1940-1960, En Greaves, C. (coord). **Historia de la lectura en México**. México: El Colegio de México/Ediciones Ermitaño.
- Velasco, J. (2014) **Génesis social de la institución psicoanalítica en México**. México: UAM-Xochimilco/CPM.
- Vezzetti, H. (1996). **Aventuras de Freud en el país de los argentinos**. Buenos Aires: Eudeba.

Zuñiga, C. (2009). **Los caminos del psicoanálisis en México: un testimonio**. México: Microediciones.

REFERENCIAS HEMEROGRÁFICAS

De la Fuente, R. (2006). La enseñanza de la psicología médica en la Facultad de Medicina de la UNAM. **Revista de la Facultad de Medicina**, 49 (2).

Fournier, R. (1969). Manifiesto a propósito de la celebración en la ciudad de México del VIII Congreso Internacional de Medicina Neohipocrática. Del hombre en su totalidad, En **Boletín de la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina**, Año III, II, (7)

Huertas, R. (2002). **Organizar y persuadir. Estrategias profesionales y retóricas de legitimación de la medicina mental española (1875-1936)**. Madrid: Frenia.

Millán, A. (1960). Programa del Departamento de Psicología Médica y Salud Mental de la Escuela Nacional de Medicina, **Gaceta Médica de México**, XC, (1).

----- (1965). El desarrollo de la Sociedad Psicoanalítica Mexicana y del Instituto Mexicano de Psicoanálisis, **Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología**, 1.

Sacristán, C. (2002). Entre curar y contener. La psiquiatría mexicana ante el desamparo jurídico 1870-1944, **Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría**, 2(2).

Urías, B. (2004). Degeneracionismo e higiene mental en el México posrevolucionario, 1920-1940, **Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría**, 4 (2). Recuperado de:
<http://revistaaen.es/index.php/frenia/article/viewFile/16409/16255>

Vezzetti, H. (2012). El psicoanálisis en la cultura comunista, **Anuario IEHS**, (27), 11-26. Recuperado de:
<http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/2012/EL%20PSICOAN%C3%81LISIS%20EN%20LA%20CULTURA%20COMUNISTA.pdf>